

¿Qué está en juego en el gobierno Lula?

Por: Valerio Arcary. 09/10/2024

En este artículo el autor sostiene que lo que está en disputa en torno a los apoyos al gobierno de Lula por parte de la izquierda el destino de la lucha contra la extrema derecha, que no se puede conseguir sin Lula y el PT.

*«Dos guantes de la mano izquierda no hacen un par de guantes.
Dos medias verdades no hacen una verdad»*

Eduard Dekker, conocido como Multatuli (1820/1887), *Ideias*.

Brasil es un país fascinante, entre otras razones, por sus sorprendentes paradojas. Las paradojas son contradicciones contrarias a la intuición. Entre nosotros nada es obvio. El país no tiene deuda externa neta, las reservas internacionales están por encima de dos años de importaciones y van en aumento, el Producto Interno Bruto (PIB) crece desde 2022 a alrededor del 3% anual, la inflación ronda el 4% , por encima del centro, pero dentro de los límites previstos, el desempleo ha ido disminuyendo, pero todavía se encuentra por encima del 5%, y el escenario exterior se ha vuelto más favorable con la señal de una caída de los tipos de interés en Estados Unidos, eliminando el peligro de una devaluación del real frente al dólar. Pero el Banco Central acaba de aprobar, por unanimidad y, por lo tanto, con la aprobación de los directores designados por el gobierno Lula, un aumento del 0,25% del tipo Selic, que subió hasta el 10,75%. En 2023, se gastaron 614.550 millones de reales en intereses sobre títulos de deuda pública, frente a 503.000 millones de reales en 2022. Los intereses deberían consumir algo cercano al 8% del PIB en esta dinámica.

Lula aceptó, después de un año de lucha pública contra el presidente del Banco Central, la línea de “pisar el freno” bajo la presión del mercado financiero. En otras palabras, aunque el techo de gasto ha sido reemplazado por la estrategia del marco fiscal, los tres pies de la estructura macroeconómica neoliberal permanece intacta: tipo de cambio flotante, búsqueda de déficit cero y meta de inflación. Evidentemente, este giro alimenta una considerable decepción y frustración en la izquierda. Pero no

es suficiente para llegar a la conclusión de que la mejor táctica sería un giro de la izquierda hacia la oposición al gobierno de Lula. No es lúcido concluir que ya no hay nada más que debatir con el gobierno de Lula.

Empecemos por el principio: en todo lo que existe hay contradicciones. En cualquier gobierno que exista y porque existe, encontraremos conflictos internos. Incluso en el Vaticano, a pesar del dogma católico de que el Papa sería infalible gracias a la vigilante iluminación del Espíritu Santo, hay disputas ininterrumpidas. La cuestión de analizar un gobierno, desde una perspectiva marxista, comienza con la caracterización de la naturaleza de clase del gobierno. Nada es más importante, porque la referencia de clase es el rubicón, es decir, entre todos los demás, es el factor cualitativo que orienta la posición de los socialistas. Pero no es la única regla. El carácter de clase no agota el análisis porque no es cierto que todos los gobiernos burgueses sean iguales. Al contrario, hay mucha variedad. Hay muchos tipos diferentes de gobiernos burgueses apoyados por diferentes bloques sociales. Es muy raro y circunstancial que un gobierno tenga el apoyo consensuado de todas las diferentes facciones burguesas. Lo predeterminado es que sea apoyado por unas fracciones frente a otras.

El gobierno de Lula es un gobierno burgués. Un gobierno atípico o incluso una anomalía para los criterios de dominación de la clase dominante, pero burgués. Es un gobierno anormal porque el principal partido dentro de la coalición que lo apoya es el PT, y a su cabeza está Lula, el mayor líder popular de los últimos cuarenta años. La representación burguesa en el interior no es decorativa. La fracción que conforma el gobierno es muy representativa y poderosa.

Pero la situación es cualitativamente diferente a la de hace veinte años. Es mucho peor, porque ha surgido en el mundo y en Brasil un movimiento de extrema derecha con liderazgo neofascista, que influye en la mitad del país y se apoya en una relación social de fuerzas desfavorable para los trabajadores. Estos factores explican por qué sería incorrecto que la izquierda radical se uniera al gobierno de Lula. La disciplina gubernamental requeriría un apoyo incondicional, que sería indefendible. Pero son también los que explican por qué sería un error oponerse al gobierno. Una posición en la oposición impondría una crítica intransigente, que sería imperdonable. No hay posibilidad de “superar” al gobierno de Lula desde la izquierda. Frente al gobierno, la extrema derecha ocupa todo el espacio político.

La parte de la izquierda que defiende la participación en el gobierno esgrime dos

argumentos principales. El primero es que el gobierno ha estado llevando a cabo reformas progresivas: aumentó el salario mínimo por encima de la inflación y logró reducir el desempleo; impulsó la financiación para el acceso a la vivienda propia a través de Minha Casa, Minha Vida; políticas sociales compensatorias ampliadas como Bolsa Família; respondió al desastre de las inundaciones en Rio Grande do Sul con un programa de reconstrucción de emergencia; reduce la deforestación en la Amazonia y defiende una autoridad climática; acceso garantizado de los negros a la educación superior a través de la política de cuotas; impulsó la extensión de la Red Federal de Educación Superior a través del Programa de Apoyo a los Planes de Reestructuración y Ampliación de las Universidades Federales (Reuni), entre otros. La segunda es que no fue posible ir más lejos en un año y medio debido a una relación de fuerzas entre las clases desfavorable para los trabajadores.

Estos dos argumentos son una verdad a medias y, por tanto, una mentira a medias. No es raro que los gobiernos burgueses, cuando se ven presionados por la movilización de los trabajadores y sus aliados, hagan concesiones. Los ejemplos internacionales son innumerables. Incluso en Brasil, un país en el que arrebatarse a la burguesía la consecución de los derechos sociales fue particularmente difícil, encontraremos innumerables ejemplos. Getúlio Vargas cedió, en los años cincuenta, a la regulación del salario mínimo y la estabilidad laboral y creó Petrobrás, entre otras empresas estratégicas. Sarney se vio obligado, en los años ochenta, a negociar una escala móvil de salarios, en forma de gatillo, primero semestral, luego trimestral y finalmente mensual. ¿Eran gobiernos en disputa? ¿Merecían el apoyo de la izquierda?

El segundo argumento se basa en el sentido común de que Lula no ha hecho más hasta ahora porque no podía. La relación de poder entre las clases oscila y fluctúa dependiendo de muchos factores, es cierto. Resulta que uno de estos factores, de hecho, uno de los principales factores para fomentar la capacidad de movilización popular es la propia iniciativa del gobierno. Y la principal preocupación del gobierno Lula era otra. Fue y sigue siendo el mantenimiento de la consulta a la fracción de la clase dominante que garantiza su gobernabilidad en el Congreso Nacional. Esta estrategia es insuficiente para derrotar al bolsonarismo, que es el reto principal. El papel de la izquierda combativa es criticar esta impotencia. Si no se corrige, será fatal para el propio gobierno Lula.

La parte de la izquierda radical que defiende el giro a la oposición esgrime dos argumentos centrales. El primero es que el gobierno ni siquiera ha traspasado los

límites de la estrategia neoliberal de ajuste fiscal, por lo tanto, incluso con la reducción de la pobreza, es heredero de Temer e incluso de Bolsonaro al mantener una política económica antiobrera y popular que beneficia a los grandes capitalistas. La segunda es que no es posible luchar contra la extrema derecha sin denunciar al gobierno de Lula, responsable de la crisis social que explicaría el aumento de la audiencia del bolsonarismo.

Ambos argumentos tienen una “pizca” de verdad, pero son falsos. No es cierto que no haya diferencia entre el gobierno de Lula 3 y los gobiernos que tomaron el poder después del golpe institucional de 2016 que derrocó al gobierno de Dilma Rousseff. No es honesto. Esto es una exageración, hay muchas diferencias. Tampoco es justo concluir que no se puede luchar contra Bolsonaro sin luchar contra el gobierno de Lula. Al contrario, lo que la vida enseña es que no será posible ganar la lucha contra la extrema derecha sin el apoyo del gobierno Lula.

«Sin Lula y el PT, no es posible siquiera pensar en derrotar a los neofascistas»

No se discute si Lula tendrá su “momento Fidel socialista”. No está en discusión si Lula tendrá su “momento desarrollista nacional Chávez”. Ni siquiera se pone en cuestión si Lula tendrá su “momento reformista Allende”. Después de todo, ¿qué está entonces en juego? Lo que está en discusión es el destino de la lucha contra la extrema derecha. En este campo, el frente único de izquierda es una táctica indispensable para derrotar al bolsonarismo. Sin Lula y el PT, no es posible siquiera pensar en derrotar a los neofascistas. Quienes subestiman este peligro aún no han comprendido la gravedad máxima de la situación política en el mundo y en Brasil.

Traducción: Resumen Latinoamericano, revisada por Alfredo Iglesias para *Rebelión*

Fuente (del original): <https://www.brasildefato.com.br/2024/09/22/o-que-esta-em-disputa-no-governo-lula>

Fuente (de la traducción):
<https://www.resumenlatinoamericano.org/2024/09/23/brasil-que-esta-en-juego-en-el-gobierno-lula/>

[LEER EL ARTÍCULO ORIGINAL PULSANDO AQUÍ](#)

Fotografía: Rebelión. Brasil de Fato [Imagen: Lula da Silva durante su discurso en la toma de posesión como presidente en el Congreso Nacional el 1 de enero de 2023. Créditos: Valter Campanato/Agência Brasil]

Fecha de creación

2024/10/09